

el club de los "super-cerebros"

CON la ayuda de la psicometría se ha creado un club de "super-cerebros".

Dicho club, denominado Mensa, nació en Oxford, al término de la segunda guerra mundial. Fue fundado por sir Cyril Burt, catedrático de Psicología de la Universidad de Londres; un multimillonario británico, sir Roland Berril, financió el proyecto. La Mensa cuenta actualmente con 18.000 "super-cerebros" repartidos por 60 países del mundo. Es un club democrático, pues no existen en su seno prejuicios académicos, sexuales o raciales; pero al mismo tiempo es aristocrático en el sentido helénico de la palabra ("aristos" = el mejor). En la Mensa sólo se valora el hecho de poseer una super-inteligencia; o si se prefiere, un Q. I. (cociente que resulta de dividir la edad mental de una persona por la edad real) superior a 135. Por lo visto, sólo un 2 por 100 de la población mundial sobrepasa este coeficiente. Los miembros de la Mensa se sienten muy satisfechos de ello; esta es una de las dos ventajas que les proporciona pertenecer a tan ilustre club. La otra consiste en que, al poseer cada miembro del club la lista completa de componentes de la Mensa, puede ponerse en contacto, si lo desea, con cualquiera de ellos. Si, por ejemplo, un "super-cerebro" colombiano se halla de turista en Copenhague y se siente muy solo, no tiene más que consultar la lista sagrada y buscar un "super-cerebro" danés; podrá ir a darle el tostón con toda tranquilidad.

¿Cómo se llega a ser miembro de la Mensa? Es muy sencillo: mediante la realización progresiva de tres series de "tests". Las dificultades de resolución aumentan paulatinamente. Si, al final, el aspirante ha resuelto satisfactoriamente las pruebas que se le han propuesto, tendrá derecho a recibir un carnet de "M's" (abreviatura anglosajona con la que se designa a los miembros de la Mensa) y una lista de todos los "super-cerebros" existentes en el planeta.

Los caminos de la psicometría

La búsqueda de la interioridad psíquica del hombre mediante pruebas reactivas previamente establecidas (cuyos resulta-

dos poseen una significación más o menos «standard») constituye un hecho científico relativamente próximo a nuestros días. Es cierto que Leonardo de Vinci puede ser tenido como antecedente remoto de Rorschach, elaborador del «test» proyectivo conocido vulgarmente como «de las manchas de tinta»; y asimismo Justinian Kerner, que en 1857 publicó, bajo el título de «Klecksographien» («Klecks» = borrón), un conjunto de poemas inspirados en la contemplación metafísica de manchas de tinta producidas por el desordenado amontonamiento de cuartillas de papel. El psicodiagnóstico de Rorschach es quizá la más valiosa y completa de las pruebas reactivas empleadas en psicopatología. Suizo de nacimiento, alumno de Haeckel en Jena, Hermann Rorschach (1884-1922) vivió casi constantemente en Rusia. Su famoso «Psychodiagnostik» se basa en un «test» utilizado como valorador de la imaginación por Binet y como «juego de niños» por Stuart y Payne. Se trata de una serie de diez láminas con manchas simétricas abstractas que, según la personalidad del sujeto explorado, adquieren significados concretos: cavernas, mariposas, pieles de animales, arañas, etcétera... Pero el «test» de Rorschach no es, naturalmente, el único utilizado en psicología. El diagnóstico experimental de los instintos, de Szondi, pone en evidencia, mediante la observación de distintas series de fotografías de rostros de personas anormales, las aspiraciones instintivas inconscientes del sujeto examinado. La prueba de las asociaciones condicionadas de Bleuler y Jung confirma las reacciones afectivas: ciertas «palabras-estímulo» (intercaladas entre otras premeditadamente neutras) provocan en el interrogado una ruptura de su introversión y su consiguiente desahogo psicológico. El T. A. T. (Thematic Apperception Test) de Murray es uno de los métodos proyectivos que cuenta hoy con más prestigio: el examinado, a la vista de una serie de láminas (algunas con escenas realistas y otras claramente expresionistas), reconstruye una anécdota dramática relacionada con el tema de cada lámina. Otras pruebas reactivas (el «test» de comprensión mecánica de Bennet, los «tests» infantiles de Magdalena Thomas y Luisa Düss, la prueba de sugestionabilidad de Kosog, el «test» de inteligencia práctica de Geise, el «test» de juicio moral de Des-

coeúdrés, etcétera...) se refieren a parcelas aisladas de la personalidad humana.

Todas estas pruebas psicométricas (o al menos las que deben ser consideradas como «clásicas») tuvieron su origen en razones de índole terapéutica. Es decir: se practicaron sobre sujetos mentalmente enfermos. Las personas «normales» —se pensaba— no tenían por qué someterse a ninguna clase de «test»; existía incluso una especie de repulsión colectiva a convertirse en conejo de Indias. Yo he conocido a un pobre recluso que se negó en redondo a ser sometido a un «test», alegando que él no estaba «barrenado» y que lo que deseaba es que le absolvieran. La renuencia de los «sanos» mentales hacia cualquier prueba psicométrica ha estado en vigor hasta hace muy escaso tiempo.

Este tabú ha sido anulado por las exigencias de la sociedad industrial. No se ha producido, por supuesto, ningún acrecentamiento del espíritu científico: el ciudadano medio desconfía por sistema de cualquier experimento que afecte a la más exigua zona de su integridad biológica (recuérdense, por ejemplo, las reacciones habituales del hombre de la calle ante el caso de los trasplantes de corazón). Sin embargo, lo que no ha conseguido la ciencia lo ha conseguido el sistema capitalista. La empresa moderna requiere, para obtener mayores índices de productividad, personal altamente especializado y perfectamente capacitado. En cierta medida, el capital se ha aprovechado una vez más de los frutos de la ciencia. Actualmente, para acceder a un cargo de mediana responsabilidad en cualquier empresa, suele ser necesario someterse a determinadas pruebas de aptitud. Las organizaciones dedicadas a la selección de personal realizan «tests» entre los aspirantes a un empleo. Ninguno de los aspirantes se siente ofendido por ello; sabe que no está loco, que el juego del «test» es imprescindible, que lo exige el vigente sistema industrial. Y cada candidato se dedica con ingenua fruición a responder a cuestionarios sibilinos, a contemplar series inconclusas, a hacer rompecabezas... La empresa capitalista ha sabido aprovechar los recónditos recursos de ese «homo ludens» (quinielista, jugador de mus o aficionado al dominó) latente en todo ciudadano aparentemente serio. La psicometría es rentable para el capitalismo ■
Textos y «tests» de S. R. SANTERBAS.



1 A B C D



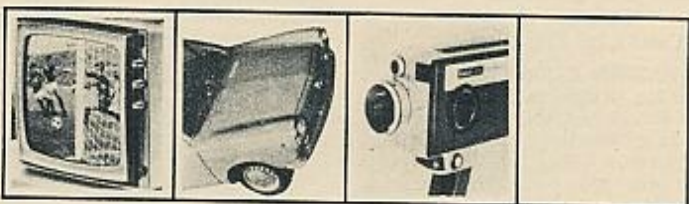
2 A B C D



3 A B C D



4 A B C D



5 A B C D



6 A B C D

¿Quiere usted ser miembro de la Mensa?

He visto la primera colección de «tests» cuya resolución se exige. No son fáciles ni difíciles, sino más bien aburridos. Se trata de pequeños problemas de series. Me explicaré: se presentan series incompletas de cuatro elementos; para completarlas es preciso elegir uno de los elementos ofrecidos en otra serie situada debajo de la primera. Cada serie se forma en función de una ley de analogía, progresión aritmética, etcétera... ¿Quiere usted ir entrenándose? Es

muy conveniente. Para ello, presentamos seis «tests» de actualidad. Usted debe completar cada serie incompleta con uno de los elementos situados debajo de aquélla. Como usted comprobará, estos «tests» no se refieren a la inteligencia abstracta, ni tal vez a la sabiduría práctica. Son «tests» poco científicos, informales, para andar por casa. Al fin y al cabo, no están elaborados por ningún «super-cerebro» de la Mensa. (Soluciones en página 41.)